

que viene de abajo que borbata... No es muy
electrizante Antonio...
[ANT.—(Abrazándole).—Paciencia, ¡paciencia!

BRUN.—(Abrazándole).—¡Paciencia que no sea
tan Ambrosial!

PAZ.—¡Paciencia, ¡paciencia!—Pero no seas
tan Ambrosial!

PAZ.—(Locuza la abraza y abraza
a los que están sentados).

PAZ.—(Abrazándole).—¡Paciencia, ¡paciencia!

PERSONAJES

MARIA DE LAS CANDELAS

ASIMACION

MARCELO MARQUEZ DE ALBU

SALOME ESTEBANES Y RICO

PACA

DOÑA SANTIAGO DE SANTE...

LA FUERZA DEL MAL...

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada
en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche
del 20 de Febrero de 1914.

EL ACTOR DE LA...

de una mujer de...

PERSONAJES

MARIA DE LAS CANDELAS
ASUNCION
MARCELINA
SALOMÉ ENTRESRRIOS Y PICO
PACA
DON SANTOS DE LA SANTERA
RAMONCHO
JUSTO
ANTONIO
PEDRO
UN LACAYO
EL ALQUILADOR

La acción en Madrid. Una salita bien puesta en casa de Don Justo; a un costado un balcón practicable.—El primer acto pasa en Mayo, a las cinco de la tarde; el segundo y el tercero un mes después, también por la tarde.—Ramoncho viste chaquet, Antonio levita, los demás de americana. Las señoras, trajes de medio color, elegantes.

DERECHA E IZQUIERDA LAS DEL ACTOR

GUÍA DE PERSONAJES

CANDELAS ha de ser impetuosa, con los movimientos rápidos y decididos: cuando ríe, ríe de corazón; cuando se aflige está a punto de llorar. Y todo rápido, casi brusco. Mira francamente, habla fuerte y no le teme a las palabras, como no le teme a los hechos.

ASUNCIÓN es modosita, es hermana de Candelas porque sus padres lo aseguran, pero podía ser hermana de una comunidad por lo asustadita, lo resignada y lo convencida de su divino papel de borrega...

SANTOS DE LA SANTERA ha de ser un viejo muy pulcro, muy vivo y muy cortés. Quizás tenga sesenta años, pero evidentemente no le corresponden más que cincuenta, y su voluntad no ha pasado de los cuarenta. Ha de ser muy simpático, muy sonriente, muy servicial, y cuando se enfade sonreirá en seguida como si él mismo comprendiera que no vale la pena de enfadarse.

Su vida entera ha sido una contradicción entre las arrogancias de su espíritu y las cobardías de su corazón. Es un poco niño: sabe que no hay fantasmas, pero no va a lo oscuro por si los hay...

RAMONCHO es un muchacho muy osado, muy decidido, muy noble de carácter, pero impetuoso y que no retrocede por nada ni por nadie. Siempre dispuesto a ceder por las buenas, pero siempre dispuesto a romper con todo por las malas. No le dá importancia a cosa ninguna: lo mismo pide veinte duros si los necesita que los da si los necesita otro y él los tiene. Es de los que pegan a los hombres y no pegan a los niños...

DOÑA SALOMÉ ha de tener su empaque, pero sin haberse tragado el molinillo. Adora a Ramoncho y le parece bien todo lo que redunde en bien para él, aunque vaya por el camino del mal. A don Justo lo trata en enemigo: a los demás en amigos, y por don Santos tiene una debilidad, aunque le indigna que él sea tan débil...

El resto, menos Pedro, que ha de ser enérgico en los actos por más que sea humilde en los ademanes, el resto, digo, serán como quieran y como puedan.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

MARCELINA, sentada a una mesita, poniendo tarjetas en sobres: PACA, luego, por la izquierda.

PACA.—Señorita... el alquilador del coche, que desea hablar con usted.

MARC.—Esta no es hora de recibo para él.

PACA.—Ya dice que lo dispensen; que es un momento nada más lo que necesita distraer...

MARC.—Bueno, que pase.

(Mutis Paca por la izquierda).

ESCENA II

MARCELINA: luego JUSTO, por la derecha

JUSTO.—Ahí te devuelvo la lista de las invitaciones que puedes mandar para ese baile del sábado.

MARC.—¿Estaba bien?

JUSTO.—Sí, menos lo que he tachado.

MARC.—(*Recorriendo la lista*).—¿Borras a doña Guadalupe?... ¿Y a las de Entresrrios?... ¿A las dos hermanas?... ¡Ay, no! A Concha, bueno, porque es una santa... ¡pero a doña Salomé Entresrrios y Pico, no por Dios! Con el empaque suyo y con lo pagada que está de su linaje, va a ser una ofensa mortal.

JUSTO.—Lo sentiré mucho, pero yo convidó a quien me parece.

MARC.—Mira que tiene muy mal genio...

JUSTO.—Razón de más para que lo emplee en su casa y no en la mía.

MARC.—Pero fijate en que Ramoncho es sobrino suyo y que ella lo quiere como a un hijo.

JUSTO.—Lo querrá, pero como ese también queda excluido...

MARC.—(*Mirando la lista*).—¿Y Antonio?...

JUSTO.—También: los dos. Te he dicho muchas veces que yo no consentía esos amores; que para nuestras hijas quiero algo más que esos caballeros. Veo que no hacéis caso, que continúan, y estoy decidido a cortar por lo sano.

MARC.—Pero Justo...

JUSTO.—Y ya que no te atreves tú, tendré que atreverme yo a decírselo con claridad.

ESCENA III

Dichos: PACA y EL AQUILADOR, por la izquierda

MARC.—Aguarda a que pase el baile...

JUSTO.—Cuanto antes, mejor y más fácil.—(*Viendo a los que entraron*).—¿Estás bien prevenida? Pues no te llames a engaño.

(*Mutis Justo por la derecha*).

ALQ.—Dispense la señora... me dijo el cochero que la señora había mandado que desde mañana dispusiéramos del coche.

MARC.—Sí. Estoy muy descontenta del servicio y ya me cansé de enviar recados por las buenas.

ALQ.—¡No diga la señora que no se la atienden... En tres meses la hemos puesto a la señora tres gomas nuevas.

MARC.—A mí, no.

ALQ.—Bueno, al coche.

MARC.—Viejo y pasado de moda.

ALQ.—Mañana tendrá un landó nuevo.

MARC.—¿Y los caballos?

ALQ.—También caballos.

MARC.—¿Y los cocheros? Mal educados, que no saludan nunca...

ALQ.—Mañana tendrá la señora unos que saluden siempre.

MARC.—¿Y las libreas, cree usted que pueden pasar?

ALQ.—Disimule la señora todas las faltas, que en lo sucesivo no tendrá queja ninguna. Yo le mandaré ahora mismo a la señora un lacayo de muy buen tipo y muy fino para que la señora le vea con la librea, y si no le parece bien se harán otras a su gusto.

MARC.—Hasta que se va por las malas no se consigue nunca nada bueno.

ALQ.—Descuide la señora...

MARC.—Que no volvamos a las andadas, ¿eh?...

ALQ.—No, señora; no, señora. Y muchas gracias.

(Mutis por la izquierda el alquilador y Paca).

ESCENA IV

MARCELINA, siguiendo su tarea: luego SANTOS, por el foro.

SANT.—Buenas tardes, Marcelina.

MARC.—Hola, Santos.

SANT.—¿Y Justo?

MARC.—Rabiando.

SANT.—¿Por el baile?

MARC.—Sí. Para él no hay más diversiones que las cifras y los balances; todo lo que no sea dinero, o manera de adquirirlo, sale de sus cálculos y le produce mal humor.

SANT.—¡Santa misión de los banqueros!

MARC.—A sus horas de trabajo lo encuentro muy natural; pero amanecer y acostarse con la idea de la ganancia...

SANT.—¡Santa idea la de ganar, sobre todo para los que perdemos!

MARC.—Y además rabia porque pretende que yo concluya con los amores de las chicas y despidas a esos muchachos. ¿Me quiere usted decir con qué palabras, no siendo una grosería, se puede despedir a un hombre como Ramoncho, que entra en esta casa desde que tenía siete u ocho años, que es como de la familia, y que no tiene para nosotros más que cariños y amabilidades?

SANT.—Hablemos claramente. ¿Usted patrocina con gusto esas relaciones?

MARC.—Yo no soy avariciosa; poseemos fortuna sobrada para no preocuparnos por el dine-

ro de los novios... y sé muy bien que pasando del límite de tener cubiertas las necesidades de la vida, el dinero ya no añade una felicidad... Confieso que esos muchachos no constituyen el ideal de una madre y no serían los que yo buscara para mis hijas, las dos únicas que tenemos...; pero la casualidad quiso que fueran esos... ¡se quieren tanto!, ¡me parece que van a ser muy felices!... Y no tengo valor para mezclar una idea de negocio, que no necesitamos, a esa idea de amor, que tanta falta les ha de hacer para no salir de un amor en toda la jornada de la vida...

SANT.—Tiene usted razón.

MARC.—Pero Justo no entiende de felicidades sin riqueza de ochavos.

SANT.—Antonio no es ningún partido despreciable. Abogado, juez por oposición, formal, bueno...

MARC.—Pues contra ese va el enojo mayor, porque Justo piensa que un hombre que se limita a un sueldo fijo ha de ser un tacaño.

SANT.—Y tiene razón. El que cobra una cantidad y se amolda a ella, necesariamente ha de reglamentar sus obligaciones y sus placeres. ¿Gana cincuenta duros? Cuarenta para vivir:

diez para divertirse... ¡Cincuenta pesetas de gozo mensual! ¡Pero ni un mes siquiera puede gozar por valor de cincuenta y unal...

MARC.—Quizás... En este conflicto ya sé que Antonio, precisamente por bueno y por leal, no ha de crearnos dificultades.

SANT.—¿Y Asunción?

MARC.—Tampoco; lágrimas y lágrimas...; pero tampoco se rebelará. Son tan buenos los dos que no hay cuidado, aunque se los martirice.

SANT.—Pues nada... ¡A martirizarlos!

MARC.—¡Bien lo deploro!... En cambio, con la otra parejita, no tengo seguridad más que de disgustos y de rebeliones.

SANT.—¡Ya sé cómo es Ramoncho, ya! Un tarambana. De una gran familia, eso sí; emparentado con lo mejor de España... y amigo de lo peor del mundo entero.

MARC.—Pero es muy simpático, ¿verdad?

SANT.—Mucho. Un hombre sin oficio ni beneficio, que como él mismo perjura, antes coge una tifoidea que un libro de texto, y que prefiere una catástrofe a una conversación seria; pero simpático, señora, enormemente simpático.

MARC.—¿Verdad que sí?

SANT.—En el Casino, cuando no debe tres

cuotas, debe cuatro; pero si le sopla la racha en lo que decorosamente se llama *los recreos* e indecorosamente *verlas venir*... paga cuatro mensualidades de más «para cuando las deba, que las deberé muy pronto»... Y los criados están siempre pensando en él... si gana, porque reciben unas propinas estupendas, y si pierde, porque hay que fiarle... y de las dos maneras con el pensamiento en Ramoncho...

MARC.—Es mucho Ramoncho.

SANT.—Pero él no es más que la mitad de nuestro pleito. Y mi ahijada, ¿se conformará Candelitas con ese rompimiento?

MARC.—No hable usted de ello siquiera. ¡Está enamorada como una bobal! No ve más que por sus ojos. ¿Usted sabe que es un poquillo golosa? La otra mañana, comiendo unos bombones, le dice Ramoncho: «come ahora, Candelas, come... que cuando nos casemos te quedarás muchos días sin comer». ¿Creerá usted que se molestó, que tuvo una visión pavorosa del porvenir? Pues no, señor; le hizo muchísima gracia.

SANT.—Es que la tiene. Como procedimiento de amor es novísimo.

MARC.—Y luego remacha el clave añadiendo: «pero aun en esos días vas tú a ser tan di-

chosa conmigo que te envidiarán las reinas de la tierra y las estrellas de los cielos.»

SANT.—Eso es labia, Marcelina.

MARC.—Labia, sí, señor. Pero trae loca a Candelitas. ¿Usted sabe cómo le pidió relaciones?

SANT.—¿A tiros?

MARC.—No, hombre.

SANTOS.—Es que buscaba lo más opuesto.

MARC.—Jamás le había dicho una palabra de amor—y hace veintitantos años que lo conocemos y que entra en casa,—y una tarde se encara con la niña y a boca de jarro...

SANTOS.—Los tiros míos...

MARC.—Sí, señor. Le dice: «Candelas, decididamente me gustas mucho. ¿Qué día quieres que nos casemos?»

SANTOS.—¡Caray, qué brevedad!

MARC.—Y la niña, que tiene una miaja de pólvora en la sangre—más de una miaja, don Santos,—le contesta: «¿qué día? ninguno: yo pienso casarme de noche.» Ramoncho, que no se queda corto nunca y que no se iba a quedar esa vez, le replica: «pues anocheciendo está, ¡jarzal!» No hubo jarzal gracias a Dios, pero ya sabe usted algo de lo que hay.

SANTOS.—En cuanto barrunten la tormenta se van a oír las voces en provincias.

MARC.—En provincias no digo, pero que alborotan el barrio no cabe duda. ¡Ay, Santos, ayúdeme usted a convencer a Justo!

SANTOS.—Ayudaré, pero deme usted una maza para los primeros argumentos.

MARC.—¿No cree usted que Justo exagera un poco de más la oposición?

SANTOS.—Eso no. Es el amo de la casa, el amo de los cuartos, y el que puede imponer su voluntad, pues para mí tiene razón.

MARC.—No diga usted eso.

SANTOS.—Y lo digo siempre: el que tiene la fuerza tiene la razón. Quizás, en altos principios morales, no sea cierto, ¿pero en la práctica?... En la práctica, sí lo es, Marcelina.

ESCENA V

DICHOS: CANDELAS por la izquierda.

CAND.—(Abrazándole.)—Buenas tardes, padrino.

SANTOS.—Buenas, Candelitas.

CAND.—¿No ha venido Ramoncho?

MARC.—No.

CAND.—¿De veras?

SANTOS.—Regístranos...

CAND.—Es que me prometió venir muy pronto. Tiene que traerme un broche de Eibar.

MARC.—¿Para qué le pides nada?

CAND.—Si no fué pedir. Oyó que hablábamos de comprarlo y se empeñó en que lo había de regalar.

SANTOS.—Puede que sea verdad.

CAND.—Padrino. ¿Dudas de mí?...

SANTOS.—Digo lo de empeñarse.

MARC.—Eso me desagradaría más aún.

SANTOS.—No se apure usted. Como tenga dinero traerá toda la tienda, y si no viene con las manos vacías. Y Candelitas tan contenta, traiga o no traiga.

CAND.—¡Pues claro que sí! Lo mío es un amor, no es una cotización.—(Corriendo hacia el foro.)—¡Ahí está!

MARC.—¡Candelas!

CAND.—(Deteniéndose.)—Le dí mi cariño, iré con él hasta el fin del mundo, si se le antoja... ¿y no puedo ir hasta la puerta?

MARC.—No es correcto.

CAND.—Si hubiera alguien...

SANTOS.—Nadie. Reconozco que no soy nadie.

CAND.—(*Abrazándolo.*)—¿Vale poco el padrino? Pues que busquen uno mejor.

SANTOS.—Labia, Marcelina.

MARC.—Labia... pero con ella, ésta y el otro, y el otro y ésta nos van a dar cada disgusto...

CAND.—(*Muy seria.*)—¿Disgustos Ramoncho y yo?... ¿Por qué, madre?—(*Corriendo a ella y abrazándola con ansia.*)—¿Te opondrás tú?...

MARC.—No, mujer, no.

CAND.—(*Después de una pequeña pausa, respirando con dificultad y poniendo sobre su pecho una mano de Marcelina.*)—No lo vuelvas a decir... Mira, se me paró el corazón.

MARC.—(*Asustada.*)—¡No seas tonta! ¡Con tu madre puedes contar siempre!

CAND.—(*Respirando a gusto.*)—¡Ay!...

MARC.—Esto no es labia, Santos...

SANTOS.—Peor.

CAND.—(*Encarándose con él.*)—¿Por qué?

SANTOS.—(*A quien Marcelina hace señas de que no hable.*)—Porque el amor es mala cosa.

CAND.—No, padrino... Mala cosa es todo lo que anda en torno del amor y no es el amor. Las envidias, las ambiciones que sobran, la cuenta de los dineros que faltan, pero el amor, sólo el amor, no es nunca mala cosa, padrinito.

SANTOS.—(*Yendo a ella entusiasmado.*)—¡Quítame cuarenta años, ahijada!

CAND.—¿Y avisamos a la niñera?

SANTOS.—Quedaría con veinte, pero dices tú bien, que a esa edad andaba yo mucho con las niñeras.

CAND.—(*Riendo.*)—¿No le da a usted vergüenza?

SANTOS.—¿Ahora?... ¿Y para qué?—(*Avi-sándola.*)—Ahí está.

ESCENA VI

DICHOS: RAMONCHO por el foro.

RAM.—¿Se puede?

(*Saluda a Marcelina.*)

MARC.—Candelas... está aquí Ramoncho.

CAND.—¿Dónde? Ah... buenas tardes, caballero.—(*Hace una reverencia. Aparte a Santos.*)

—No se quejarán ustedes de la ceremonia.

SANTOS.—Por mí, dale un abrazo.

CAND.—No quiere él...—(*Yendo a Ramoncho.*)—¿Y el broche?

RAM.—Saludá primero.

CAND.—Con una reverencia y todo que te saludé.